

EL AÑO LITERARIO 1962

¿QUÉ DECIR, para comenzar, de 1962? ¿Ha sido un año literario sobresaliente? ¿Han demostrado los jóvenes que los viejos se repiten y pueden, sin menoscabo, callar? ¿Han opinado los viejos que los jóvenes no saben escribir? ¿Ha habido paz o ha habido guerra? Cada escritor, de acuerdo con su edad y su naturaleza, tiene para estas preguntas una respuesta diferente. Para unos, la agitación de un vaso de agua puede ser una tempestad peligrosa y no una píldora efervescente. Si hubo tormenta, la verdad es que fue en un vaso de agua. Tanto mejor. La píldora no envenenó a nadie.

La calma permite ver con claridad, sin enarcar las cejas ni tomar partido. Lo que se ve es un montón impresionante de libros. Cada año se publica más y se olvida más pronto lo publicado. Las obras que sobreviven de la aventura de nacer han sido siempre escasas. Este año de 1962 no constituye una excepción. Está sepultado entre papeles. Si tenemos la curiosidad de mirarlos, advertimos que están escritos en líneas muy cortas. Versos. Los poetas de ambos sexos abundan como las hormigas y son, como ellas, laboriosos. No lo saben. Creen ser únicos. Es una ilusión amparadora y que no daña. Al fin y al cabo, ¿qué importa que se publique más de la cuenta en verso o prosa? ¿Qué importa que algún autor que se mira en el espejo crea estar delante de un genio? Los buenos escritores se encargan, sin ruido, de que los demás desaparezcan. Así ha sido y será desde que se escribe. Lo vemos en las continuas reediciones de nuestros libros. Quedan los que valen, los que tuvieron algo que decir, como asegura, sin equivocarse, el bonachón Perogrullo. Pero para que se sepa quiénes valen, quiénes dijeron algo digno de escucharse, hay que tener un sentido cada vez más claro de qué es la literatura. Y eso empezamos a tenerlo. Algunos ensayistas están ayudando a adquirirlo. En

1962 se han publicado numerosos estudios acerca de nuestra literatura en general o sobre determinados autores chilenos o extranjeros. Este indicio de interés por el arte de escribir merece señalarse. Queremos esclarecer el panorama literario, afirmar ciertos valores, indicar los campos vírgenes, mostrar los ya exhaustos, ordenar los primeros pasos de una tradición que nos conduce al encuentro de nosotros mismos. Sin embargo, no celebremos sin reservas esta actitud aparentemente estudiosa. Hay objeciones graves que deben hacerse: menudean las historias literarias, los análisis, las monografías, pero sus autores —salvo casos contadísimos—, lo que mejor demuestran es su pereza mental, su precipitación, su afán de copia de opiniones conocidas, sin examinarlas como conviene, porque muchas de ellas son falsas. Se repiten enfoques y juicios inadecuados, débiles, a menudo irrisorios. Hay libros sobre literatura que son un laberinto por donde vagan, perdidas, sandeces campanudas.

Dejemos esto y acerquémonos a los libros de 1962. Desde luego, no pretendemos hacer un balance prolijo, exacto, valiéndonos de apuntes, fichas, recortes. Queremos, simplemente, conversar un poco sobre obras y autores, sin presionar demasiado la memoria ni hacerle un guiño cómplice al olvido. Nuestra intención es buena y lamentaríamos que con ella empedráramos el infierno. Si algún autor queda con ánimo avieso, en una lista de fantasmas. ¿Para qué?

LOS POETAS

Ante todo, recordemos a Juan Guzmán Cruchaga, Premio Nacional de Literatura. Lo obtuvo por mayoría de votos del jurado y el asentimiento de cuantos leen poesía en este país de grandes poetas. Había —como siempre sucede— otros candidatos, y uno de ellos, el opositor más tenaz, al ser derrotado, hizo pensar a unos pocos bullangueros que se cometía una injusticia. ¿Por qué? La razón es clara, aunque no se haya confesado: a Juan Guzmán Cruchaga no le conocen los que viven alrededor de la fogata chilena de la poesía. Cantan, bailan, y la fiesta es entre amigos. Compadres juramentados, poseen un sentido de tribu que anima dardos y vociferaciones. Juan Guzmán Cruchaga ha vivido lejos de las llamas y las vihuelas del jolgorio. Ha estado durante años en el extranjero y, de paso por Chile, ha vivido calladamente, sin creer que es necesario asomarse a la ventana y gritar: —Aquí estoy yo. Ha publicado en Chile y fuera numerosos libros. Su primera obra apareció en 1914 y desde entonces ha demostrado en todos los países del idioma que es uno de los grandes poetas actuales. No se siente en la obligación de proclamarlo. Sabe que

donde está nadie lo ignora. Sencillo, cordial, siempre noble, se aprecia si aspavientos y nunca niega su admiración a quien la merece. Tiene un gravísimo defecto: un día escribió un poema —“Canción”— que se metió hasta en el alma de las piedras. Esto obliga a los envidiosos y sus aprendices a asegurar que jamás escribió otra cosa y que por tan pocos versos no hay que poner los ojos en blanco. Se trata, pues, de ignorancia o mala fe. La prueba está en la excelente Antología de su obra publicada por Nascimento. En esas páginas hay incontables poemas tan valiosos como el mencionado. ¿Qué vemos en ella principalmente? Lo más raro que puede verse: un poeta, así, sin adjetivo, porque éste es un nombre que tácitamente se acompaña de los mejores. Un poeta para quien la poesía no anda suelta, como loca escapada del asilo. No se trata de salir a atraparla con una jauría de vocablos. Hay que encontrarla en el secreto de la soledad, tomarla con mano venturosa y llevarla a la vida, al mundo, para que los demás hombres la conozcan y se enriquezcan interiormente acompañándola. La poesía no alcanza perfección ni permanencia si el poeta no domina el oficio de crearla. Juan Guzmán Cruchaga es un maestro del misterio creador de poesía. Su vocabulario es sencillo, tan cotidiano que es de todos; pero las palabras, cuando él las ordena, se vuelven musicales y adquieren una significación particular, que es acento y atmósfera de un orbe nuevo, recién creado. Palabras, ritmos, imágenes, no son arrancados de un mundo ideal, inexistente; están en la intimidad más honda del poeta, que es un hombre entre los demás hombres y sabe comunicarles una realidad que no ven y se halla en los seres y las cosas con que convivimos. Esta mano mágica que levanta velos y muestra el mundo oculto que nos rodea, en medio de todo lo que miramos y sentimos, no se interesa por empuñar el cuerno de caza que llama a la aventura de matar jabalíes. No se trata de un poeta que parte de sí, fugándose, en busca de compañía y bullicio; está siempre en camino de sí mismo, explorándose, conociéndose, y de esta manera nos indica que se salva el que se pierde en su propia alma.

Junto a este Premio Nacional de Literatura, veamos otros poetas, algunos de los cuales también lo obtendrán en cualquier año venidero. La ordenación que les damos no corresponde a una llegada de corredores de fondo. No hemos creído nunca que éste gane a aquél por media cabeza. Entre escritores, la prueba no es de 100 ni de 1.000 metros, dura toda la vida y toda la muerte, y los cronistas de la victoria o la derrota —cronómetro en mano— son inmejorables majaderos.

“Maula”, de Efraín Barquero, frunció las cejas de los entendidos. Es decir, de los que quieren que un poeta se catalogue y viva encajillado irremediabilmente. El libro tenía un nombre que, mirado en el diccionario, movía malos pensamientos. “Cosa inútil y despreciable. Engaño o artificio encubierto”. En suma, una trampa del poeta a sus lectores. Lo parecía, y el inválido se enojaba con la lectura. No podía suponer que un poeta quisiera divertirse, si era “serio”, respetuoso de las hondas sensaciones, de la emoción más íntima, de los problemas de la vida que pueden tratar de resolverse con aproximación lírica. Barquero se divertía como poeta de buena ley, construyendo breves poemas de sabiduría popular, debajo de una enramada que levantó para detenerse un instante. Ya veremos todo lo profundo y memorable que nos guarda. Entretanto, entremos en “Maula” y recibamos cada verso como una incitación a la alegría.

Esta impaciencia de algunos lectores y comentaristas ante lo inesperado gruñe y despide chispas junto a “Versos de salón”, de Nicanor Parra. Aquí se está —pretenden— en una bacanal del disparate. No se entiende nada. ¿Dónde está la poesía? Murió. Traigan un traje negro para velarla. Y Nicanor Parra les trae el vestido más de luto, les hace una reverencia, y les asegura riendo que la poesía está ahí. Muéranse todos de la risa. Está ahí, aunque no la vean. Pónganse anteojos, además, y ahumados, como para ver el eclipse de la vida. Esto es cosa seria: todo ha cambiado, del fondo de la realidad surge otra que la invade y la esconde. No es un delirio improvisado. Cada verso, cada estrofa, se preparan para arremeter contra la razón establecida tras largo esfuerzo de generaciones. La poesía no es razonable, no quiere serlo, y fabrica su propio mundo, con sus leyes que son el revés de la lógica. La inteligencia sale de vacaciones, se va con los sentidos alborotados, con la conciencia despreocupada, y entran todos con jubilosa algarada en un campo sin habitantes en donde el tiempo es puro presente. Ahí se va a levantar la tienda de las transfiguraciones, en donde todo será creado por primera vez, o sea, como hizo siempre la poesía, que es creación de misteriosas verdades, apariencias y mentiras. El espectáculo no tiene principio ni fin, es la aventura del espíritu en libertad de invenciones imprevistas. Si no se es poeta verdadero, todo se desmorona. Parra abre sus paisajes inverosímiles, los puebla, los colma, y todo permanece en función de poesía.

Antes de alejarnos de “Versos de salón”, echemos un vistazo a “Discursos”. Dos poetas, frente a frente, se saludan ceremoniosos, sometidos a una etiqueta académica, y cuentan cosas que escucha con encantada atención el público que acude a verlos a la Universidad de

Chile. Estamos junto a Pablo Neruda, que se incorpora a la Facultad de Filosofía y Educación, y a Nicanor Parra, que lo recibe. Empieza Parra: "Hay dos maneras de refutar a Neruda: una es no leyéndolo, la otra es leyéndolo de mala fe. Yo he practicado ambas, pero ninguna me dio resultado". Esto señala hacia una espina que llevan en el corazón muchos poetas de ayer y de hoy: Neruda les tapa el horizonte, pero, ¿cómo echarlo de enfrente? En seguida habla Nicanor Parra, habla con admiración del poeta y del antipoeta Parra. Para ambos tiene la frase oportuna, la visión clara, el juicio inteligente que le sobran. Contesta Pablo Neruda y se refiere a Pedro Prado, Mariano Latorre y su propio sentido de la vida, de su oficio de poeta. "Esta es una profesión errante dentro de la patria errante y ya se sabe que en todas partes me toman, a orgullo lo tengo, no sólo como a un chileno más, que no es poco decir, sino como a un buen compañero, que ya es mucho decir. Esta es mi Arte Poética". En síntesis, "Discursos" encierra en cortas páginas una circunstancia feliz en que dos poetas se encuentran y explican el destino de la poesía, "más cerca de la sangre que de la tinta", en una sociedad de nuestro tiempo.

Otros poetas que se distinguen en el año a que miramos desde un rincón de enero, cuando ya empiezan a llegar los del 63 con atropellada premura:

Antonio Campaña, con sus sonetos de "Arder"; Armando Uribe Arce, hermético, riguroso, en "Los umbrales", y siempre poseído de espíritu indagador en "68 líneas"; José Miguel Ibáñez Langlois, con sus metafísicas interrogaciones de "La casa del hombre"; Jorge Naranjo, que se revela un gran poeta en "Los sueños de Nefertiti"; Víctor Franzani, sincero, fuerte, puro, en "Largo amar"; Hernán Lavín Cerda, con "La altura desprendida". Todos ellos merecen detenida atención porque sus obras, diferentes entre sí, trabajadas con amor del oficio, poseen rasgos personales. Esto ha de subrayarse cuando la producción poética, jamás escasa, exhibe una notoria propensión a la semejanza, la inercia, el tono que otros encontraron y se recoge, repite, soba sin disgusto.

Tres mujeres afirman su personalidad: Chela Reyes, Sara Vial y Raquel Weitzman. Sobresalen y se imponen. Las "Elegías", de Chela Reyes, poseen un acento propio, dramático, musical, y se graban en el recuerdo. Sara Vial interpreta en "Un modo de cantar" cuánto la vida da en torno estimula sus sentidos y lo hace con estricta vigilancia de las imágenes, el ritmo, la nitidez del vocabulario. Raquel Weitzman se aparta de las ataduras formales establecidas y entra

audazmente en sus "Poemas", a través de íntimas experiencias, en la amarga interrogación de si la vida posee un significado valedero.

Muchos otros libros escapan de nuestro intento de recordarlos. Pero no es el caso de éstos que no podríamos acallar: "Descenso" y "Evo-cación de Temuco", brevísimos poemas en que el gran novelista Daniel Belmar revive hechos perdidos; "La noria", 100 sonetos de la amistad, donde Enrique Espinoza, ensayista cultísimo, se vale de la poesía para entregarnos ampliamente la cordialidad que le mueve por entre los hombres y las cosas; "Intento para medir un grito", poesía ágil, orientada hacia el humor desencantado, de Marcos Llona; "L'autre feu", traducción publicada en París, de "El otro fuego", de David Valjalo; "Nunca", de Ennio Moltedo, poeta que se exige y se supera; "Temporal", de Hugo Zambelli; "La casa fantasma", de Braulio Arenas; la traducción de Li-Po, de Luis Enrique Délano; "Raíces al viento", de Hurtado Sagredo; "Entre el vuelo y la ceniza", de Herman House.

¿Hay otros? Indudablemente. Huyen y el tiempo nos impide perseguirlos.

Con todo, los que están no son pocos y bastan para que 1962 levante la frente y se sienta, sin orgullo vano, poéticamente pródigo.

LA NOVELA Y EL CUENTO

Si a menudo se sostiene que Chile es un país de poetas, y nadie lo pone en duda porque aquí están, desde hace tiempo, muchos de los mejores del idioma, comencemos a advertir que Chile es también un país de prosistas. Al decirlo, no nos impulsa un prurito de "chilenidad", esa comezón de autoalabanza nacionalista que enturbia la visión, estorba al juicio y tiende a satisfacernos de tal modo que lo bueno y lo malo nos resultan igualmente admirables. Lo que aseveramos es que en nuestro país existe ya un grupo de prosistas, año tras año fortalecido, que maneja el lenguaje con tal destreza que todo puede expresarlo con originalidad y vigor, tanto en la novela y en el cuento como en el ensayo, género que comienza a atraernos con incitativa frecuencia. Nuestros novelistas descubren que estamos en el mundo y que las preocupaciones de esta época no pueden ser ajenas a un personaje de ficción. Ser escritor chileno no significa sentarse ante un rincón pintoresco para pintarlo en una tarjeta postal negreada de adjetivos. La novela y el cuento —sin dejar de ser nuestros—, ensanchan sus cercos y se despreocupan del localismo como patente de autenticidad.

¿Qué libros deben señalarse? Hay varios, y lo curioso es que cada uno presenta caracteres propios, sin que se divise una fórmula, una manera, una tendencia tiránicamente predominante. Algunos son de autores desconocidos, que seguirán escribiendo, indudablemente, pues la zarpa del oficio los tiene marcados.

Promediaba el año cuando apareció un nombre nuevo: Cástor Narvarte. Su obra: "La hoz". Novela acogida, en un principio, con visible curiosidad y cuya divulgación intentaron detener algunos comentaristas de mentalidad provinciana. "Eso no es una novela", sentenciaron con mueca inapelable. Se habían informado velozmente de que el autor es profesor de filosofía y habían leído, pestañeando, el epígrafe de la obra: el mito de la caverna, de Platón. Es breve y la reproducimos: "Imagina a unos hombres en una vivienda subterránea, como una caverna que tuviera una gran entrada abierta en lo alto a la luz a lo largo de toda la caverna; en ella están desde la niñez encadenados por las piernas y nuca, de modo que tengan que permanecer así, mirando tan sólo al frente, sin poder mover la cabeza en derredor a causa de las cadenas; llega a ellos desde lo alto, desde lejos, la luz de una hoguera encendida a sus espaldas; entre la hoguera y los encadenados hay un elevado camino y, a lo largo de él, imagínate un pequeño muro artificial semejante a los tablados que los ilusionistas ponen ante los hombres y sobre los cuales exhiben sus prodigios.

"—Los veo —dijo.

"Pues bien, ve ahora a lo largo de ese tablado a unos hombres llevando objetos muebles de todas clases que sobresalen del muro, como estatuillas de hombres y de otros animales, en piedra y en madera, y toda clase de artefactos; algunos de los portadores, como es natural, hablan y otro callan.

"—Extraña imagen esa que propones —dijo—, y extraños cautivos.

"Semejantes a nosotros —dije yo—. Porque, ¿crees tú que los tales hayan podido ver de sí mismo, en primer lugar, y de los demás algo más que sombras, las que el fuego arrojara justo enfrente de ellos sobre la pared de la caverna?"

Si supusiéramos que la novela es una gruta oscura, el mito de Platón, a la entrada, podría haberles servido de linterna a los desorientados. Pero, no; la apagaron. Sin leer más, o apenas algunas páginas, dictaminaron con elocuencia nada convincente (pero que no pocos recibieron como artículo de fe) que en esas páginas no hay sino un profesor de filosofía que, en vez de entretenerse profesionalmente en clase con el viejo Platón, se divierte (aburriendo a me-

dio mundo), con divagaciones de aficionado a las cavernas y la novela.

¿Es cierto? Procuremos averiguarlo someramente. Lo primero, convendría definir, cuando se hacen tales afirmaciones, lo que se entiende por novela. Tarea difícil que los grandes novelistas contemporáneos se encargan, muy gustosos, de enredar. Para no complicarse, son muchos, muchísimos, los que aquí y allá simplifican con una citación de escuela primaria en que la novela viene a ser, más o menos, el desarrollo entretenido de una anécdota inventada por un autor (o tomada fielmente de la vida, si es realista), y cuyo desenlace debe ser conmovedor, asombroso, o tan fuerte como puñetazo en la mandíbula, para dejar al lector convencido, conforme a su temperamento y sus ganas, de que una novela es ver correr a otros, exactamente, las aventuras que en secreto apetece. El novelista es, por cierto, un manantial de almanaques.

En tal caso, claro está, "La hoz" no es una novela. Aquí nos encontramos con un novelista que, preocupado por la búsqueda del hombre y su permanente misterio de nacer y morir —preocupación de filósofo, de novelista, de poeta, de individuo, que no se convence de haber nacido para rascarse las narices— imagina un personaje novelesco acchado por este problema y otros que con él se enlazan en su rica y compleja intimidad. El personaje es un vasco que ha llegado a Chile muy joven. Le pasan cosas, porque esto es vivir; pero entre esas cosas que le pasan hay algunas que se crea, se forja, y esto es vivir también. Ante todo, necesita trabajar para subsistir, pensar y sentir para formarse por dentro y ser —como lo desea— un hombre. La novela empieza cuando este personaje, muy enfermo, ve acabado su destino, cercana la muerte, y ejercita su inteligencia, su desesperación, en ordenar y esclarecer su propio mito, dentro de la caverna que es la vida que conoce.

Que todo esto no sea novelesco sino filosofía, ansia de conocer, ensayo disfrazado de ficción, no lo creemos. Los criollos que condenaron "La hoz" condenarían a los mejores novelistas de estos tiempos. Es una suerte que Thomas Mann no fuera chileno ni escribiera aquí "Doktor Faustus", para no citar sino un autor y una obra y no atacar con pedantería la insensatez.

Otra revelación, otro nombre nuevo que igualmente desasosiega: Juan Agustín Palazuelos, el novelista de "Según el orden del tiempo". El más joven de nuestros escritores es de los que creen —para bien de nuestra literatura— que un personaje de novela no está obligado a hallarse relleno de aserrín. Nos presenta, en primera persona, a un

adolescente que se da el mejor punto de partida: el descontento. No es el disgusto del colérico, del abúlico "buen hijo de papá", que se aburre y no sabe qué hacer con su cuerpo ni con sus ideas, si por azar le zumba alguna en el magín. Es el adolescente que se encuentra con un mundo hecho, en un laberinto construido por otras generaciones para darse el agrado de buscarle la salida. El muchacho percibe el artificio, no le divierte, se entrega con avidez a sus sentidos, a su inteligencia, e imagina que se puede vivir hasta la muerte preparando un juego distinto. En suma, tiene conciencia de su deber de hombre que tiene por delante su vida auténtica y que no podrá ser otra que la construida por sus apetencias y su voluntad. No se halla en el vacío; se ve en una escena prestada, en un tiempo regalado, y quiere escenario y tiempo de que sea dueño, en que pueda convivir consigo, con los demás, con las cosas en situación de hombre, no de muñeco. ¿Todo esto es simple ilusión? A veces lo sospecha, pero la vitalidad le empuja, la ironía le despoja de ataduras viejas, y mientras camina por su descontento llega a la conclusión de que bien vale perseguir una ilusión que es suya, entrañable, laberinto nuevo, mundo recién creado.

Tercer nombre desconocido, inmediatamente rodeado de curiosidad burbujeante: Alfredo Gómez Morel, autor de "El río". Se trata de la primera parte de una trilogía autobiográfica. Es el "best-seller" del año y se explica. El escritor es un ladrón experto, sabio, de alta jerarquía, acribillado de recuerdos, que se decide a contar sin tapujos su historia tormentosa. El río es el Mapocho, mundo secreto cuyos habitantes confinan con la sociedad y su repertorio usual de valores. Poseen ellos una rígida moral cuya transgresión es severamente castigada. La vida se les convierte en un hecho de veras asombroso que ha de afrontarse con audacia y astucia; la muerte es una palabra de mal agüero que no suena en las aguas del río sino entre las incitaciones y las trampas de la ciudad. Entre ésta y el río hay una raya indeleble que el odio repinta cada mañana. La policía no desatiende la frontera y con oído certero ha aprendido el idioma de ambos mundos. Conoce el del delincuente para atraparlo, y —para protegerlo— el del hombre honesto relativamente honrado cuyo oficio no es el de la delincuencia registrada en diligentes archivos. El ladrón tiene que crear una jerga de costumbres y de apariencias que exija renovada atención de sus enemigos, si desea que no se le sorprenda en peligrosa ignorancia. El combate es diario, en las encrucijadas de los días y de las noches. Narrar esto con viveza, aguzando el interés de los lectores, no es proeza de ladrón que quiere confesarse sino

de escritor que se fabrica una ganzúa literaria y abre la atención del más reacio. "El río" es un documento que no podemos desdeñar y su narrador entra en nuestra literatura sin escalarla, por su puerta de los dueños de casa.

Los novelistas conocidos y prestigiosos no estuvieron inactivos, ciertamente, en 1962. En primer término, recordemos a quien, desde sus primeras obras, impuso su relevante personalidad describiéndonos la existencia de los aventureros y trabajadores de nuestras tierras australes: Francisco Coloane, autor, este año, de "El camino de la ballena". Libro fuerte, como todos los suyos, repleto de acción y de observaciones muy exactas, bosqueja los primeros pasos de un niño que queda solo, entregado a su suerte, y tras duras experiencias decide realizar su sueño de cazador, yéndose con un grupo de balleneros y encontrando a poco, de una manera en que el azar interviene con novelesco capricho, al hombre que siempre quiso conocer y fue su callada preocupación de "huacho". El encuentro sobreviene en circunstancias dramáticas, la muerte le arrebató al padre, y queda en el niño —sin respuesta— la interrogación que le ha perseguido hasta entonces. "Yo creí que el capitán se había vuelto loco cuando me gritó: ¡Soy tu padre, caramba". "Es que el capitán es como un padre de todos a bordo —comentó otro marinero, como en un suspiro". "¡Bah!..." —profirió el piloto Yáñez, y con desgano agregó:— "¡Eso lo hace cualquier capitán!"

La vida sexual, con sus recovecos y vicisitudes, ha atraído a algunos novelistas. Marta Brunet echa un vistazo a un mundo de que siempre anduvo lejos y en "Amasijo" traza la silueta de un personaje que se enamora, desea la posesión de la mujer, que acaso le salvará de sus desvíos, y desesperadamente se enreda en un sino que será su pérdida definitiva. La energía habitual estilística de Marta Brunet adquiere en estas páginas mayor agilidad; la audacia de su pintura de un hombre vicioso, complicado, nunca traspasa los umbrales de la medida; a ratos, la visión es romántica y se diría que una secreta ternura va guiando esta exploración de la novelista por un medio que pudo volvérselo sórdido.

Luis Merino Reyes nos entrega la mejor de sus novelas: "La edad adulta". El escenario es vasto: nuestra capital, tierra brasileña, y el sur de los Estados Unidos. El protagonista: un hombre que vive clavado en el agujijón del deseo de la mujer. Sus aventuras se desenvuelven sin tropiezos aparentes; pero hay una traba que le impide alcanzar con plenitud la paz de su alma y de su cuerpo: la edad adulta no le ha desvanecido al niño que es, en el fondo, y su bús-

queda de protección, de tierna solicitud maternal le encrespa la vida, le amarga el deseo, le aprisiona en un monólogo íntimo del cual se halla ausente la felicidad. El realismo del novelista se ha tornado, en los capítulos de esta novela, libre de minucias escasamente significativas y, al vigorizarse, pinta a hombres y mujeres que no necesitan prolijas descripciones para definirse.

Lautaro Yankas, uno de nuestros criollistas más celebrados, sorprende con un intento imprevisto: un cuadro de vida ciudadana en donde los personajes muestran sus apetitos y pàsan por el amor con una vehemencia que justifica el título de la obra: "Las furias y las vírgenes". No sobra señalar que esta tentativa abre un nuevo camino al interés, siempre honesto, de un escritor que se detuvo en expresar diversos aspectos de la vida campesina y ahora se inclina sobre problemas íntimos de hombres asediados por tentaciones que sólo promueve la ciudad.

José Manuel Vergara, celebrado mercedamente por "Daniel y los leones dorados", refrena el galope de la imaginería y en "Don Jorge y el dragón" toma otro ritmo, impide que inverosímiles casualidades intervengan en la vida de sus personajes. Sin perder la soltura, la fluidez de sus libros anteriores, en esta ocasión ahonda un caso espiritual donde la sociedad de hoy es afrontada por los sentimientos y la inteligencia. No se contempla la injusticia desde lejos. Almas bien templadas las examinan y condenan. Aunque no se haya dicho, porque este libro ha ido cruzando un relativo silencio. "Don Jorge y el dragón" es una novela que apunta hacia la plena madurez del escritor, que no tardará —inquieto y capaz como es— en entregarnos páginas de muy perdurable calidad.

Tantos son los títulos que exigen nuestra atención que el tiempo de que disponemos para este trabajo nos obliga a continuar con una enumeración de glosa más sucinta:

"Dónde está el trigo y el vino", de María Flora Yáñez, es obra en que la escritora se supera, afirma su estilo, se desprende de vanas retóricas; "Las dos caras de Jano", del joven escritor Cristián Huneus, exhibe desgraciadamente un artificio nada defendible, del cual se apartará apenas descubra la veta real de su talento; "El acantilado" es una novela de acción en que Jaime Laso, valioso autor de "El cepo", cuenta una aventura que tiene por escenario el mar del norte chileno y le estimula a desenvolver amena y reciamente sus virtudes de narrador; el cuentista de "Un día antes del viento", Waldo Vila Suárez, que en esa obra nos hiciera ver nítidamente sus grandes posibilidades de escritor exigente consigo mismo, en su novela "El

transeúnte" cumple su promesa inicial y con riguroso detenimiento de buen psicólogo expone un caso que es aguda mirada a la insatisfacción y la soledad del hombre de estos días; "Punto Quinto Cuarto piso", de Francisco Javier Espejo, nos revela a un novelista que posee la penetración de los más perspicaces observadores de la vida contemporánea; "El que merodea en la lluvia", de Hugo Correa, es una amenísima novela donde la imaginación se plantea espinosos problemas y los resuelve creando una realidad novelesca de sólida estructura; "Las fieras también descansan" nos ponen junto a un escritor nuevo, Rafael Sousa, digno de que se fije en él la atención y se aguarde con una sincera cordialidad su labor futura, que ya en estas páginas insinúa su perfil vigoroso; por último, "Quedamos en eso", de Juan Garafulic, es uno de los libros que cierra 1962 y exigen más despacioso comentario, entre los que acaban de aparecer y todavía no hemos alcanzado a leer de principio a fin.

Vamos ahora, rápidamente, a los cuentos. Entre los volúmenes que componen la producción del año hay algunos que se colocan, en su género, al lado de los que ya han merecido la más alta estimación de la crítica. Espléndido ejemplo: "Surazo", de Marta Jara. Este relato se ha escrito con un vivísimo conocimiento del arte de narrar, modernamente, una buena historia.

Edesio Alvarado publica "El caballo que tosía" y con un realismo de líneas precisas traza episodios de auténticas vidas chilenas. Carmen de Alonso se depura y consigue en "La cita" una fluidez, una propiedad expresiva que acentúan el interés de sus relatos. Ricardo Walsen, en "Desde un montón de salitre", nos da una visión real de gentes y cosas del norte del país. Herbert Müller, un autor de incuestionable talento, como lo demostró en "Perceval", no aparece afortunado en "Ciertas leyes que rigen a los astros"; pero, con todo, deja entrever que sus posibilidades están vivas y en cualquier momento volverá a dominarlas con mano segura. Poli Délano penetra en diversos medios y los capta a grandes y claros rasgos en "El cuadrilátero" y "Amaneció nublado", pequeñas historias que ilustran bien su interés por toda clase de personas y casos novelables. Felipe Ravinet inicia con visible ingenio, imaginación y don psicológico su vida de escritor en los cuentos de "Lucifer, el vino y la locura".

Citamos, para terminar, "Juan del Agua", de Luis Vulliamy, hermosa novela a que nos referiremos más adelante, al tratar de los premios literarios.

ANTOLOGÍAS, MEMORIAS, ENSAYOS

Las antologías (verso o prosa) están de moda en todo el mundo y, desde luego, no escasean en Chile. Dicen que el "hombre contemporáneo" no tiene tiempo para leer y se interesa, no obstante, por los poetas y los prosistas, siempre que los reciba hecho grageas. Aseguran también que el "hombre contemporáneo" ya no es un buen lector de novelas y prefiere las memorias. Eso explica que todo el mundo empiece a contar, con desparpajo evidente, cuanto le ha sucedido desde que se salió de madre para dar su vagido e ir repitiéndolo hasta que, cansado, muere. En acuan to a los ensayos, éste es para nosotros un género nuevo que va adquiriendo importancia. Es posible que el "hombre contemporáneo" quiera que otros piensen por él; de aquí, pues, la responsabilidad del ensayista, hombre que muy a menudo trata de averiguar qué han pensado sus antecesores.

Comencemos por las antologías. Abre el corto desfile "Antología de cuentos de Marta Brunet", con selección, prólogo, notas y bibliografía de Nicomedes Guzmán. En estas páginas está mucho de lo más vigoroso y perdurable de la afamada escritora, Premio de Literatura 1961. El volumen contiene: "De "Reloj de sol": Francina; Doña Tato; Misiá Marianita; Don Florisondo; Doña Santitos. De "Aguas abajo": Una mañana cualquiera; La niña que quiso ser estampa; La otra voz; Un trapo de piso. De "Solita Sola": Tía María de las Mercedes; Hija de ricos. Y termina la obra con otros cuentos: La nariz; La mujer y "ésa"; Dos hombres junto a un muro.

Luis Enrique Délano y Edmundo Palacios publican: "Antología de la poesía social de Chile". En prólogo manifiesta: "En esta época, cuando todo un sistema de relaciones humanas tambalea, derrotado ya e incapaz de asegurar la dignidad sobre la tierra, y de sus propias entrañas comienza a surgir una nueva sociedad, el artista, hombre de este espacio y de este tiempo, puede adoptar dos actitudes vitales básicas contradictorias: o rechazar o aceptar lo viejo, o luchar por lo nuevo o repudiarlo". Los autores, al preocuparse de la poesía, deciden recurrir a viejos y jóvenes para que canten a coro la venida de la nueva sociedad que no termina nunca de llegar. Entre tantas voces, las hay cascadas y frescas.

"Poetas españoles contemporáneos" es una antología de Matías Rafide, el buen poeta de "Tiempo ardiente". Se reúne y estudia a los siguientes poetas: Becquer, Unamuno, Manuel y Antonio Machado, J. R. Jiménez, León Felipe, Pedro Salinas, Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, García Lorca, Emilio Prados,

Alberti, Cernuda, Altolaguirre, Vivanco, Panero, Rosales, Miguel Hernández, Victoriano Cremer, Gabriel Celaya, Ridruejo, Cano, García Nieto, Blas de Otero, Leopoldo de Luis, Rafael Morales, Gaos, Hidalgo, Hierro, Eugenio de Nora, Bousoño y José María Valverde. La muestra es cuidadosa. Confirma nuestro parecer de que se fue de España la mejor poesía española.

De Alone se reedita su antología "Las 100 mejores poesías chilenas". El público la busca siempre y Alone le ofrece sorpresas: salen poetas y dejan hueco a recién llegados. Antología viva y, por eso mismo, en movimiento.

De los prosistas, Manuel Rojas publica "Antología autobiográfica". A los lectores habituales del gran novelista "Hijo de ladrón", este volumen no les dice nada que no conozcan. El autor bucea en cuanto ha publicado y sale a flote consigo mismo o con algún personaje que se le parece como siamés. A los biógrafos futuros les será fácil entrar a saco, provechosamente, en este libro.

Puesto que cruzamos el umbral de las Memorias, adelantemos unos pasos para encontrarnos con Marta Vergara. La tenemos delante con sus "Memorias de una mujer irreverente". Ha sido uno de los libros de mayor éxito. Con justicia, por lo demás. Pero lo curioso es que la irreverencia de la mujer no se ve por ningún lado. Cuenta lo que ha vivido con una sinceridad convincente, sin herir a nadie, con respecto de hombres y cosas, hasta de quienes pueden hacerlo olvidar. Pero esta irreverente Marta Vergara reverencia su dignidad y, cuando tal vez está a punto de perderla, o mejor, que otros la pierdan, se aferra de la medida, y ésta es un freno que le obedece.

Llegamos al libro que leyó, como ninguno, el país entero: "Chile entre dos Alessandri", de Arturo Olavarría Bravo. El título fue un hallazgo y el nombre del autor contribuyó a convertirlo en acicate. De uno a otro Presidente, padre e hijo, el péndulo de la vida chilena ha tenido paradas y galopes que han advertido hasta los ciegos, tan voluntariamente numerosos. Y Olavarría se ha hallado entre las oscilaciones pendulares, actor y espectador que sabe mirarse en su papel y no pierde gesto de cuanto ocurre en escena, aunque se trate de comparsas. Si muchos esperaron que este libro estuviera lleno de denuestos, vociferaciones y gruñidos, como es de suponerlos en un catcher que en la colchoneta política se da por entero, se desengañaron pronto. Pero se sintieron dominados por el espectáculo, que es de categoría. Si al mentecato, por ejemplo, no le llama Olavarría con la breve palabra que le corresponde, muestra con tanta claridad la mentecatez que el lector ayuda y pronuncia entre dientes la palabra. Si así trata al inválido mental, moral o lo que fuese, a los hombres valiosos y

respetables no les escatima el reconocimiento. Hechos y personas aparecen como los guarda la memoria de un hombre de justiprecio exacto. Estamos ante un escritor que no intenta vanagloriarse. Con sencillez, sobriedad, honesta vigilancia de su voluntad de no mentir, cuenta lo que ha vivido entre dos Alessandri, y como lo suyo y lo de ellos también lo vivió el país, el libro es una reminiscencia a que cada cual agrega alguna muy personal, que con la lectura asoma su cabeza de tortuga pensativa.

Baltazar Castro echa a andar recuerdos en "¿Me permite una interrupción?". Agitada o monótona, la vida parlamentaria, con cuantos escarabajean a su alrededor, queda amenamente pintada en este libro. El espíritu que preside la obra, visiblemente o a hurtadillas, puede resumirse en estas palabras:

"Desde mi tierra y desde la distancia, a veces reinicio el diálogo con Lilo Benz. Ella dice:

—*Parlez moi du Chili...*

Yo contesto:

—Con mucho gusto, Lilo. Pero primero dígame, ¿usted cree que el porvenir se puede paladear? ¿Sí? Pues bien. Mi patria tiene sabor a porvenir..."

Detengámonos ahora en algunos libros que son la literatura mirándose a sí misma. Hay algunos de ojos agudos, persuasivos; otros, bizcos, indefinibles.

1962 se abre en el género de la crítica con una obra de verdadera importancia: "Estudios críticos de literatura chilena", de Omer Emeth. Prologan Alone y Eduardo Moore Montero. Escribe el primero: "Este hombre que, acaso, las nuevas generaciones se inclinan a imaginar como un ser consumido por la lectura, pálido habitante de la ciudad de los libros, asceta de la cultura intelectual y que tuvo en su tiempo justificado renombre como el más completo de los humanistas, poseedor de ocho o nueve idiomas y de una erudición universal, lindante en lo fantástico, en realidad estaba hecho materialmente para otra clase de luchas. Su aspecto lo decía: macizo de miembros, de movimientos ágiles, resueltos, tenía al andar un modo que ya en el Seminario le reprochaban como poco eclesiástico y al que su energía le daba, según su propia expresión, cierto "dandinement" belicoso, como si llevara la espada al cinto". Pues bien: en la lucha literaria, sin alardes de matamoros, con gran economía de movimientos, certeramente, daba el golpe ablandador de mulleras, y no se vio testarudo que volviera a desafiarse con ánimo de pisotearle el cuello. Enemigo de exquisiteces bajadas de una nube de oleografía, de retorcimientos bailarines, pedía sinceridad, fuerza, búsqueda de la personalidad propia, e indicó

rumbos, insinuó actitudes cabales del escritor ante los hombres y las cosas. Su huella es ancha y quien la siga hará camino útil.

Fernando Alegría, memorable novelista en "Caballo de copas", cuentista de corte muy actual, ensayista equilibrado, pierde los estribos y cruza extraviado, a corcovos, "Las fronteras del realismo". Se procura estudiar aspectos de la literatura chilena contemporánea y lo que estaba claro ennegrece, lo recto se encorva, y cuanto allí se afirma —casi sin excepción— conviene (para bien de todos) que sea pensado al revés.

Ricardo Latcham, en su "Carnet crítico", es serio, honrado, sagaz, no pierde el rastro y llega de cada incursión por los autores y las obras con una caza abundante. No ha escapado el espíritu del autor que analiza, se le entregan sus ambiciones y propósitos, se le abren las rutas de su estilo para que por ellas recoja lo más preciso de su personalidad. De esta manera, en "Carnet crítico", tenemos un panorama bastante rico de literatura americana y chilena del presente.

Mario Ferrero estudia en "Premios Nacionales de Literatura" a los autores que lo han obtenido. Su faena es complicada porque los autores son de la más diversa fisonomía literaria y el retrato de cada uno exige que se olviden líneas y colores que sirvieron para atrapar al vecino. Entre los 10 nombres de que se ocupa este primer tomo (Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel Lillo, Angel Cruchaga Santa María, Pedro Prado, José Santos González Vera, Gabriela Mistral) se muestran casi todas las sendas, atajos, encrucijadas, carreteras de nuestra literatura. Orientarse debidamente es hazaña peligrosa que Mario Ferrero, buen poeta que ahora se interna por el ensayo, trata de que no sea mortal ni para los 10 que le acompañan ni para su renombre. Esto significa que va con pie atento, ojo sin distracciones, nariz de sabueso.

Por último, una obra que no pusimos entre las antologías —aunque lo es porque se acomoda mejor entre los ensayos: "Leer y escribir. Antología de Alone". Para demostrarlo basta indicar que la selección y el prólogo estuvieron a cargo del ensayista Enrique Espinosa, cuya clarividencia no la igualan muchos en América; y basta saber también que las páginas que de Alone se seleccionaron constituyen, en gran parte, ensayos de inmejorable calidad. Este es un libro en que vemos a un escritor que como pocos domina su oficio en la tarea de sumirse en los secretos del arte de escribir y en los riesgos y alegrías del arte de leer. A través de estos ensayos no sólo se aprecia una inteligencia penetrante, se convive con una sensibilidad fuerte y activa, se advierte un conocimiento profundo, sin alharacas, de la vida y de los libros (su reflejo o prolongación), sino se recibe una enseñanza (olvidada

muchas veces por quienes escriben y leen): la de torcerle el cuello a lo adiposo, lo falso, lo petulante, lo insincero, lo que reiteradamente se suele tener por buena literatura porque suena o brilla como en feria de moda.

Pero no terminaremos este rapidísimo comentario sin reconocer la utilidad para nuestra cultura de dos entidades universitarias: el Instituto de Literatura Chilena, que ha publicado tres boletines repletos de informaciones, bibliografías y comentarios valiosos; y el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada, que ha publicado libros importantes: "El dramatismo en la obra de García Lorca", por Roque Esteban Scarpa; "La idea de libertad en la obra dramática de Schiller", por Paulius Stelingis; "El pensamiento pedagógico de Montaigne", por Guillermo Sanhueza; "Eliot, el hombre, no el viejo gato", por Esperanza Aguilar; "Una exploración de poesía", por Armando Uribe Arce. Ambos organismos se completan: el Instituto pone su atención en la literatura nacional; el Centro, en la extranjera, que no puede sernos indiferentes por violenta que sea nuestra predisposición a la suficiencia y la ignorancia.

Estudios literarios hay varios más, y citaremos los que sobresalen: "Cantos a lo divino y a lo humano", por Juan Uribe Echevarría, ensayo folklórico prolijo y de gran certeza; "El nuevo cuento realista chileno" y "El relato de la pampa salitrera", por Yerko Moretić, obras que incitan a reflexionar, a discutir, a rechazar conceptos precipitados, a admitir enfoques diestros; "La técnica novelesca de Pío Baroja", por Eugenio Matus, joven novelista de amplia comprensión y juicio válido; "Reencuentro con Marta Brunet", mirada diligente y segura de Milton Rossel sobre toda la obra de la autora de "Montaña adentro"; "Cien años de Martín Rivas", sendos ensayos de Milton Rossel y Leoncio Guerrero, donde no sólo queda situada la obra de Blest Gana en su tiempo y en el nuestro sino, además, se inicia una manera más honda de captar hechos literarios; "Repertorio del teatro chileno", estudio bibliográfico, por Julio Durán Cerda.

Don Francisco Encina ha publicado dos obras que, como cuantas le pertenecen, no necesitan sino mencionarse para que en seguida se las acoja con admiración: "Bolivia y la Independencia de la América Española. Independencia de Nueva Granada y Venezuela", nutrido volumen de maestro de la historia; y "La educación económica y el liceo", breve libro que se publicó hace muchos años y ahora, al reeditarse, es tan actual como entonces.

Luis Oyarzún entrega una obra deliciosa: "Mudanzas del tiempo", recuerdos de viaje en que el poeta, el filósofo, gran espectador de la vida, descubre en las cosas y en los seres su misterio cordial.

No termina este año copioso. Faltan libros que no pueden olvidarse: "Viajes a través del arte universal", por Hernán San Martín; "El protestantismo en Chile", por Ignacio Vergara; "Balcón a la vida", por Raúl Yazigi; "Medicina en Chile", por Osvaldo Quijada; "Obispos, sacerdotes y frailes", por el académico Fidel Araneda Bravo; "Entre Hegel y Marx", por Juan Rivano, y "Alberdi", por Sergio Gutiérrez.

Ha sido largo el trayecto. Hemos pasado por las más diversas rutas y hemos divisado amplias mansiones y ranchos agradablemente ocultos en la espesura, pero con un penacho de humo que ondula y dice desgajándose: "Si se acercan, aquí hay vida".

REEDICIONES

Ante el cúmulo de las reediciones, la mirada se encabrita y quiere fugarse. Ya ha andado bastante por sobre el lomo de los libros y desea cerrarse como una ostra, tal vez, para su suerte, analfabeta. No lo aseguramos porque las hay lectoras, eruditas, archisapientes, como todos las hemos encontrado alguna vez para mal de nuestra mansedumbre. Pero es el caso que las reediciones traslucen preferencias del comprador de libros. Y esto es también literatura.

Vamos a mencionar las que se imponen, destacan, son siempre como libros nuevos. Veámoslas sin detenernos, porque el tiempo apremia y el espacio se encoge.

Benjamín Subercaseaux, candidato perenne al Premio Nacional de Literatura, subraya con tres obras —"Tierra de océano", "Chile o una loca geografía" y "Niño de lluvia y otros relatos"— que el público lo da por premiado y mantiene ante él una leal predilección.

Alone vuelve con su "Historia personal de la literatura chilena" y, de paso, nos hace un guiño revelador. "Volveré con mi Historia —parece decirnos— y no crean que será exactamente igual a la otra. Quien se repite y nunca cambia puede ser un historiador, pero poco personal. Hasta pronto".

Mariano Latorre tiene este año: "Chile, país de rincones", "Chilenos del mar", "Viento de mallines". El padre del criollismo vigila sus estancias, viste de huaso astuto y no permite que le pongan trampas en la tierra que tanto amó y tan bien supo apropiarse.

Luis Durand, para no cederle el paso, ahí aparece con "La noche en el camino", "Sietecuentos" y "Mercedes Urizar". Monta excelente caballo y cabriolea.

Manuel Rojas asoma con "El vaso de leche"; Baldomero Lillo, con "Sub-Sole"; Salvador Reyes con "Mónica Sánders" ("¿Qué me dicen, amigos, del "imaginismo"? Aunque no saben de qué hablan cuando

lo nombran, lo cierto es que vive, y Dios les guarde"); Eduardo Barrios, con "El niño que enloqueció de amor"; Santiván, con "La camará y Charca en la Selva"; Pedro Prado, con "La Reina de Rapa Nui", "Un juez rural", "Alsino"; Magdalena Petit, con "Los Pincheira"; Enrique Bunster, con "Motín en Punta Arenas"; Enrique Lafourcade, con "El príncipe y las ovejas"; Lautaro Yankas, con "Flor Lumao" y "Rotos"; José Donoso, con "Coronación"; Hugo Silva, con "Pacha Pulai"; Jorge Inostrosa, con "Adiós al 7º de Línea"; Francisco Coloane, con "El último grumete de La Baquedano"; Pierre Favat, con "Memorias de un buey"; Ricardo Latcham, con "Antología del cuento hispanoamericano"; Juvencio Valle, con "Tratado del bosque".

Terminamos esta enumeración con las dos obras maestras de María Luisa Bombal: "La amortajada" y "La última niebla", libros que todos esperaban y que fueron nuevamente la alegría de los lectores realmente capacitados para distinguir y admirar.

La lista queda trunca, indudablemente; pero puede perdonárenos: no hemos omitido nada que de veras valga la pena.

LOS GRANDES PREMIOS

1962 ha aumentado los galardones anuales. Hay escritores que se quejan. No sabemos si quieren más o están agobiados de esperar vanamente. Es asunto ajeno y no lo escudriñemos como si importara.

Hablamos, en un comienzo del premio que a todos los sobrepasa, el Nacional de Literatura, tan justiciera aunque tardíamente otorgado a Juan Guzmán Cruchaga.

Quedan por conocerse los Municipales y el Atenea.

Se otorgó por primera vez el Premio Pedro de Oña, creado por la Municipalidad de Ñuñoa. Lo obtuvieron: María Carolina Geel por su novela "Huida"; Oscar Espinosa por su ensayo "El aislamiento de Chile", y Fernando González Urizar por sus poemas "Las nubes y los años", afirmación incontrovertible de un gran poeta.

El Premio "Jerónimo Lagos Lisboa", concedido cada dos años, lo gana Juvencio Valle por su bellísimo "Del monte en la ladera".

El Premio Mauricio Fabry lo conquista Luis Vulliamy con su novela "Juan del Agua", obra de vigorosa compenetración de la vida del indígena en su tierra austral. El novelista la comprende y la expresa con sencilla maestría. Es uno de los buenos libros de nuestra literatura joven. El criollismo de Vulliamy no se atiene a fórmulas, a recetas, a cálculos ni calcos. El escritor conoce a sus personajes, los

arranca de la vida anónima y con trazos seguros los fija en la memoria de los lectores.

BREVE FINAL

¿Ha sido un buen año? ¿Está a la zaga de los inmediatamente anteriores? El descontento de vocación y oficio, el único que habla con seguridad perentoria, dice con su desdén perfecto:

—No hay nada. ¿Dónde está el genio, lo que perdura dónde está?

Olvida que todos los años no se escribe la Biblia, ni el Quijote, ni La montaña mágica. Hay que esperar tal vez.

Entretanto, todos los que escribieron en 1962, cuando lo hicieron lo mejor que cada cual pudo sin buscarse fuera de sí mismos y de las posibilidades al alcance de las manos más hábiles, merecen nuestra alegría de su afán logrado. Los años están por delante. Lo que importa es no perderlos.